

Filosofía

Para una historia del amor propio

"No es al amor al que habría que pintar ciego; sino al amor propio".
Voltaire

A veces no podemos evitar ciertos esquematismos de la Historia. Sin duda el siglo XVII fue un siglo racionalista. Pero subyacentemente existió otra actitud, otra forma de pensar que desconfiaba profundamente del valor de la razón, que ponía en duda su autonomía, que la mostraba dependiente del juego de las pasiones. Esa conflictiva se transmitió al siglo XVIII, llamado Siglo de las Luces, en el que el concepto de "razón" no es el mismo que en el anterior. Aquella corriente menos visible se volcó a cuestiones morales. Después del conocimiento había que establecer las bases del hacer humano. Uno de los problemas que la ocupó, centrado evidentemente sobre la condición del hombre, fue la del amor propio.

Hace un tiempo me referí al amor de sí, la filautía; hoy me propongo analizar el amor propio. Estos conceptos suponen una elaboración místico-reli-

giosa, que consideró el amor propio o privado como el pecado original del autoaislamiento. Los autores religiosos lo consideraron como el enemigo del amor puro y recomendaron una serie de prácticas para su mortificación a los efectos de que el alma pudiera volverse nuevamente hacia Dios e incluso alcanzar la unión con El.

Cuando pasa a manos de los laicos, la noción de amor propio incluye la vanidad, la presunción, la afección de gloria y la concupiscencia (Erasmus). Y como en ese tiempo comenzara a plantearse la pregunta por el origen de la sociedad, hubo quienes sostuvieron, como Hobbes, que la sociedad tiene como motivo la ganancia o la gloria; que no se trata del amor de nuestros semejantes, sino del amor de nosotros mismos.

Pero aparece también un interés por el análisis psicológico del amor propio, como se advierte en F. de Sales, quien denuncia las argucias y sutilezas que emplea el amor propio para lograr sus fines.

La corriente laica

Más que en Pascal, la encontramos en La Rochefoucauld y Vauvenargues. No porque en Pascal el tema esté ausente, sino porque su jansenismo lo conduce a una formulación más teológica, hallando el árbol del cual se desprenden verdades, y alcanzando la raíz primera fatal hasta el último fruto envenenado de la rama (Sainte-Beuve).

Sin duda la temática se centra en el Yo (Moi), aquel que Pascal declara odia-

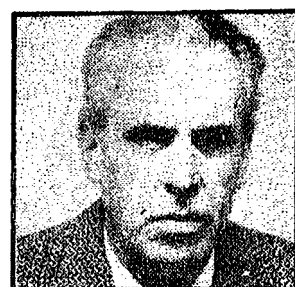
ble, porque ha descubierto un fondo malsano del hombre, una mala formación que se trata de encubrir. Pero Pascal no se limita a la descripción de formas, sino que hay en él una enérgica condena del amor propio, porque es retoño de la más injusta y criminal pasión; El odio mortal de esta Verdad que nos condena.

Cuando Pascal declara que el hombre solo es algo imperfecto y que le es necesario un segundo para ser feliz, no significa eso una invitación a lo social, sino un rasgo de la miseria del hombre, que muestra cómo la opinión ajena determina de algún modo la imagen que se tiene de sí mismo y que el fin es alimentar la imagen de sí. No se equivocaba Nietzsche cuando consideraba la filosofía como una tarea de desmascaramiento, ya que a menudo se es tan diferente de uno mismo como de los otros, o acaso más. Hallamos allí una distancia, que supone la capacidad humana para creerse otro del que realmente se es. Se da así una superposición distante entre el fondo oscuro inagotable que soy yo mismo y una cierta construcción que me oculta y me disimula. Una cierta pereza, una cierta vanidad, me conducen a preferirme como creo que soy. Sobre esa ilusión trabaja el amor propio.

La Rochefoucauld se complace en demostrar cómo las virtudes y todo lo aparentemente desinteresado son figuras del amor propio y confunde a éste con el amor de sí. Con Vauvenargues comienza la distinción que continuará con Rousseau.

El amor de los hombres surge como consecuencia del amor de sí, que Rousseau considera legítimo y que es consecuencia del dictado de la naturaleza. Cuando de ésta el individuo deriva a la sociedad, aquella que Rousseau conocía, la del Antiguo Régimen, surge la existencia relativa, y del amor de sí pasamos al amor propio. Rousseau critica la sociedad de su tiempo, como Castiglioni y Gracián lo hicieron en las suyas. El amor de sí produce la Humanidad, como cualidad esencial de lo humano.

Más tarde, en otro contexto, el amor propio dará origen a la autoestima, al auto-respeto, que hacen al hombre cumplir su escala de valores, asumir su dignidad, la suya y la de los otros. Lo que las abstracciones tecnocráticas y los totalitarismos desprecian.



Mario A. Silva García

Sexología

Entre la sequía y la inundación

"Si no ahogáramos con actitudes represivas la sensibilidad de los niños a la edad de 3 ó 4 años, no tendríamos que recuperarla terapéuticamente en Saint Louis a los 40". (Masters y Johnson).

Con la energía sexual reprimida pasa algo similar a lo que pasa con las aguas represadas: al acumularse, aumentan su potencial de tensión y, dado que el cauce de descarga natural les está vedado, procuran encontrar salidas subsidiarias.

Todos hemos leído alguna vez qué es lo que sucede cuando las grandes represas no logran resistir la presión de las aguas o, cuando éstas, superando las cotas previstas, se desbordan por encima de las represas. Muchos recordarán cómo fue arrasada la ciudad de Paso de los Toros por el ímpetu incontenible de las aguas del Río Negro.

Pues bien: también la energía sexual supera, a veces, las barreras represivas y genera, con sus descargas subsidiarias, todo tipo de patologías.

De este modo, la represión sexual determina, de continuo, dos fenómenos de signo contrario pero ambos igualmente destructivos de lo que la Organización

Mundial de la Salud ha dado en llamar "la salud sexual": la sequía y la inundación, la inhibición y la compulsión sexuales.

Es decir: cuando la represión tiene éxito, logra ahogar la sensibilidad sexual de la gente y destruye la salud por inanición. Cuando fracasa, los desbordes de la energía sexual generan conductas sexuales compulsivamente patológicas.

Naturalmente, a esta altura, a más de un lector se le planteará la pregunta obvia: ¿Pero debemos, entonces, para salvaguardar la salud, dar rienda suelta a todos los impulsos sexuales? ¿Debemos sustituir una educación puritanamente represiva por otra educación libertinamente permisiva?

Pensamos que plantear así el problema es la mejor manera de desvirtuarlo. Nosotros, como el sexólogo y educador Lester Kirkendall, somos enemigos jurados de los "absolutos inflexibles". Pensamos que no se trata de negar o de

afirmar más o menos, sino de negar y de afirmar lo justo. Y, sobre todo, de no confundir.

Y lo primero que no debemos seguir confundiendo es "represión" con "control". Y, yendo un poco más allá, control exterior, coercitivo y arbitrario, con control interior, con auto-control, con control consciente y responsable.

No se trata de dar "luz verde" al ejercicio de la sexualidad. Se trata, para empezar, de terminar con el imperio despótico e irracional de la "luz roja". Y, como natural consecuencia de terminar con disposiciones arbitrarias y absurdas, terminar también con el no cumplimiento generalizado de las ordenanzas.

"Hecha la ley, hecha la trampa". Cuando la ley no es realista, todos la violan. El prohibicionismo sexual tiene un resultado forzoso y paradójico: al puritanismo de los preceptos abstractos se contraponen, como la otra cara de una misma moneda, una realidad signada por la hipocresía, por el fariseísmo, por la frivolidad y el libertinaje.

El derecho a la información y el derecho al placer

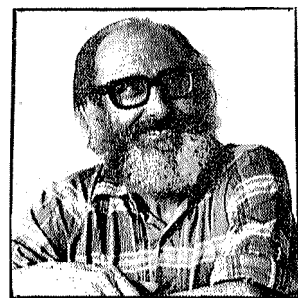
En dos informes técnicos publicados en 1975 y dirigidos a los trabajadores de la salud, la OMS denuncia el grave deterioro de la salud familiar como resultado del deterioro de la salud sexual de las parejas y de los matrimonios. Y

reclama urgentes medidas de terapia y de profilaxis para detener el proceso que está transformando a las sociedades occidentales en sociedades sexualmente enfermas.

Denuncia a la represión sexual como el gran factor etiológico y entiende, en total coincidencia con nuestros planteos, que la gran tarea es liberar a la gente de las dos fuentes principales de su enfermedad: la ignorancia sexual y el miedo al sexo.

Consecuentemente, reivindica, como tarea educativa y terapéutica básica, promocionar e implementar el ejercicio efectivo de dos derechos humanos inalienables y, sin embargo, permanentemente conculcados por una sociedad represiva:

- el derecho a la información veraz y objetiva y
- el derecho al placer.



Arnaldo Gomenoro

Mitoanálisis

Los mitos genésicos (I)

Antes del entronamiento de la Razón, hay una curiosidad menos implacable en la verificación de los datos, que quiere saber quién y cómo hizo este mundo. De esa sustancia irracional se nutren los mitos genésicos.

"Si Dios creó al mundo, ¿quién creó a Dios?" Así solían comenzar o terminar ingenuas discusiones entre creyentes y ateos. Cómo han sido hechas las cosas, quiénes las hicieron: de esto tratan los mitos que llamamos genésicos, los que saben cómo fue originado el mundo, cómo se originaron los originadores y cómo contar cosas sobre todo, incluidos centauros, hadas y unicornios. Hasta que una pregunta insidiosa de un "no creyente" rompe el embrujo... y todo se esfuma.

¿Qué había al comienzo? Oscuridad, caos, abismos. En las entrañas del Todo emerge alguna divinidad ordenatriz. Donde las preguntas se detienen, donde la ciencia y la filosofía hallan sus límites, la imaginación mítica hace brotar sus más frondosas creaciones. Sucede que en esta forma de la imaginación no se pueden expresar conceptos ni abstracciones, sustituidos entonces por la figu-

ración analógica, simbólica, que personifica elementos, fuerzas o entidades. Quizá sea ese estilo fabulado lo que confiere al pensamiento mítico su estilo arcaico y su indefinible belleza ingenua.

El o los generadores no podían ser simples mortales; la dura realidad hace estallar de continuo los sueños de omnipotencia humana. En los mitos originarios nacen así los sobrehumanos, versión aumentada de lo que la imaginación, si no fuera por los crueles desmentidos de la experiencia, nos dotaría. Los generadores son Superhombres con todas las virtudes y poderes que los hombres siempre desearon tener, así como de los defectos y vicios de los que nunca se pudieron despojar. Los dioses lo tienen todo, y en mucha mayor proporción.

Entre los mitos genésicos más antiguos de los que tenemos versiones escritas, están los de las culturas nacidas en la cuenca mediterránea: las de la Meso-

potamia, origen de la cultura sumero-babilónica; la egipcia; la minoica-micénica y la helénica. Estas cunas culturales tan diferentes crearon mitos que narran el origen del Cosmos y de los dioses en concepciones propias, y a la vez con elementos similares.

La dualidad esencial

Los mitos genésicos testimonian creencias universales; por ejemplo, que el cielo es residencia de la divinidad y que desde "allí arriba" vela por el mundo "de abajo". Esta constante de todos los mitos se repite en los pueblos primitivos que actualmente existen en el mundo, con sus singularidades y sus simbologías autóctonas.

Cielo y su firmamento (?) son sede permanente del monarca universal, símbolo de permanencia y eternidad, regularidad e inmutabilidad. Lo celeste —fuente de orden, vida, sabiduría, luz, moral, ley, justicia, castigo— se constituirá así en un arquetipo, en el sentido de modelo primario por lo arcaico y cabeza de serie para una cadena simbólica de conceptos. Tierra será igualmente cabeza de serie para conceptos antitéticos (finitud, tiniebla, muerte, etc.), que formarán pares simbólicamente opuestos.

La antropomorfización de las deidades es el derivado natural de la concepción de la deidad ordenatriz y la atribución de lo que la experiencia humana proyectará en la "corte celestial". De ahí la sexuación, unión del principio masculino cielo (casi siempre) y del femenino tierra. En las cosmogonías primitivas se figura una situación originaria, un comienzo sagrado en el cual cielo y tierra se hallaban unidos en unas "nupcias sagradas" (hieros-gamos); fecundación inicial por el cielo de la madre-tierra, de la cual el fecundador se separa o es separado por alguien.

El espacio entre cielo y tierra se constituye en el "receptáculo del mundo". Y la madre-tierra, que recibió en sus entrañas el principio generador, con tiene la sustancia generatriz de la cual todo brota.

Estos mitemas son constantes en las narraciones genésicas de la "historia del mundo". Constituyen epifanías, visiones típicas del gran evento creador del mundo que figuran en los relatos sobre el origen del universo, bajo distintas representaciones simbólicas y denominaciones.

Leopoldo Müller